

---

## EDITORIAL

# Algunos supuestos sobre pretextos y presupuestos

Hubo en el mundo un momento de curiosa tensión, una especie de lucha por el poder sobre la escena, entre directores y autores. El planteamiento, bastante bizantino, era: siendo creador el director, y siendo él y sus actores el filtro y la substancia que da vida a la esencia dramática, en sus manos está recrear libremente lo que el papel propone. El texto es un pretexto para lo que ocurre en un escenario y el autor desaparece al entregarlo a la imprenta o a las manos del director. La voz de los autores proponía, por lo general, el punto de vista opuesto: sin texto no hay creación dramática y debe respetarse. etc.

Por supuesto, ambos puntos de vista son ciertos y oponerlos es un acto de retórica o de lucha por un poder absoluto, que en el espacio de la escena no puede ser verdad; un montaje es la convergencia de muchas creatividades puestas de acuerdo. Un buen montaje, así sea hecho por el más tiránico de los directores, es un gran servicio al texto y al autor, base y principio del asunto. Un mal montaje, así se arrastre de servilismo ante la palabra escrita, sigue siendo malo y hasta peor y es más traidor aún al texto que un montaje en apariencia libertino.

**2** Hace rato que las cosas están claras en todas partes. En México no. Se sigue oponiendo el teatro de director y actores al teatro de autor

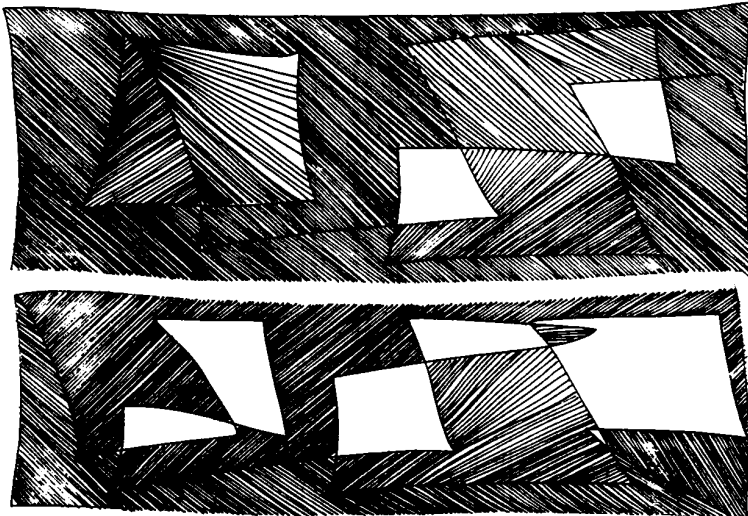
---

---

y texto. Lo curioso es que justamente de dirección y actuación tenemos tradición infinitamente más pobre y discontinua que de autores. La dramaturgia mexicana viene fluyendo en diversas corrientes desde antes del siglo XVI, y sigue bastante sana y prolífica, con muchos sabores, colores y calidades. Se ha exportado, además, en inmensamente mayor proporción que todo lo demás.

Será quizá por esta falta de antigüedad de algunos en nuestra propia tradición que tenemos tantos empeñados en negarla. O será, también, por falta de madurez, por un infantil deseo de poseer el juguete y no prestarlo a nadie, dueños absolutos del juego escénico. El caso es que los directores menos textuales en el gran teatro que se hace en el mundo, si no quieren servir a otro se sirven bien a sí mismos haciendo libretos sólidos, estructuras significativas y armazones trascendentes para base de su trabajo. Los nuestros, que tan empeñosamente despedazan o ignoran lo que los demás conciben, cuando fabrican pretextos propios salen con masacotes de obiedad en deficientes sesiones de music-hall.

Mientras las instituciones culturales, las universidades y el Estado no tengan alguna actitud clara en cuanto a para qué quieren hacer teatro, la lucha seguirá siendo feroz. Pues acaba tratándose, a fin de cuentas, de algo poco elegante: ver quienes se apoderan de un presupuesto.



*Andrés*

3